

como el único permitido. Pero no se limitaban á la forma los ataques de los humanistas, pues alcanzaban tambien á su fondo, considerado hasta entónces como sacrosanto. Las ideas paganas, claras y brillantes, que los humanistas habian tomado de la literatura clásica se opusieron primeramente con sencillo entusiasmo, y más tarde con intencion hostil, á la oscura barbarie del monaquismo septentrional. Los efectos no debian hacerse esperar, si bien los más caracte-



WILIBALDO

rizados humanistas estaban muy distantes de proponerse hacer una oposicion intencionada, ó hasta sistemática, contra la doctrina y constitucion vigentes de la Iglesia. Estos jefes, Rodolfo Agrícola, Gregorio de Herinburgo, Conrado Celtes, Wilibaldo Pikeirmer, Juan Reuchlin, Juan Wimpfeling y Desiderio Erasmo, natural de Rotterdam, pero naturalizado ya en su juventud en Alemania, eran sabios que ante todo y exclusivamente se esforzaban por establecer sobre una base más sólida la educacion científica de la juventud alemana, reformar las universidades, extirpando la rutina escolástica por medio de un estudio racional y del de las lenguas y literaturas clásicas, y adoptando un nuevo sistema así para el estudio de la historia, de la jurisprudencia y de la teología como de las ciencias físicas, matemáticas y geográficas. Cierto que los trabajos filológicos de Reuchlin y Erasmo, que indicaban el buen camino para ocuparse de las escrituras del Antiguo y Nuevo Testamentos, fueron precursores eficaces de la reforma; pero ninguno imaginaba la posibilidad, ó tan sólo la conveniencia de tal reforma. Al contrario Erasmo, el modesto y tímido sabio que nunca salía de sus cuatro paredes, se horrorizó de tal modo ante los tumultos y turbulencias de una reforma desencadenada, que hizo contra ella todo cuanto le permitia su pusilanimidad. No se podía hablar con aquellos humanistas antiguos de una accion sobre la masa del pueblo, por la sencilla razon de que despreciaban la lengua patria, teniendo á mayor gloria hablar y escribir en latin imitando en todo lo posible á Ciceron. Pero esto tenia su razon de ser bien fundada, pues dado el descuido y abandono en que la literatura nacional alemana habia caído durante el siglo xv, todo el que pretendia ser hombre instruido se servia del latin. Así, en la opinion pública, en los ciudadanos y tambien en los habitantes de la campiña los elementos reformadores del humanismo no empezaron á producir sus efectos hasta que la generacion jóven de los humanistas alemanes trasladó estos elementos, del recinto estrecho de la escuela á todas las esferas de la vida, intentando poner en

contacto los resultados del renacimiento científico con la realidad de la vida. Sólo entónces la duda, que entrafia todo progreso, levantó más y más su voz y principió á ejercer una crítica atrevida demasiado justificada de lo existente en la Iglesia y el Estado. La cuestion de la reforma se habia puesto abiertamente á la órden del dia.

No podemos hablar del giro que tomaron las cosas sin hacer mencion del jefe de este humanismo jóven, y reformador en su más alto grado. Fué este el caballero y poeta Ulrico de Hutten nacido en 1488 en el castillo de Steckelburgo, en Franconia. Él dió forma y cuerpo á todos estos sentimientos y aspiraciones de sus contemporáneos y compañeros de edad, con su pensamiento y su elocuente palabra. Sus estudios y sus viajes le habian conducido á distintos puntos del país aleman y allende los Alpes, y en todas partes habia reconocido con inteligente mirada los males y defectos de la época y lo que hacia falta á su patria. Era hombre de demasiado genio para dar importancia á los vanos alardes y á las mezquinas diatribas teológicas, y para que el orgullo de los sabios y la envidia ó el favoritismo de los cortesanos pudiesen influir en él: de versificador humanista se hizo heraldo de la reforma eclesiástica y de la regeneracion política de Alemania; de orador latino, cronista aleman; de caballero noble, combatiente nacional. Genuino aleman, idealista en el más alto grado, no le sobrepujó ninguno de sus contemporáneos en el entusiasmo con que se sacrificaba por su patria; y con mucha

razon la soberbia frase: «Lo he osado» con que comienza la hermosa cancion de consuelo y esperanza que á sí mismo se dirigió en 1521, ha venido á ser una de las más favoritas de los alemanes. La influencia de Hutten en el movimiento de la época se demostró con eficacia por primera vez cuando los «hombres oscuros» (*virii obscuri*), con cuyo nombre colectivo designaban los partidarios del humanismo á sus adversarios, es decir, á los partidarios de la idea y del método escolástico-ortodoxos, acusaban de herejía á Reuchlin. La controversia literaria iniciada por esta causa entre los «teologistas», cuyo cuartel general era la universidad de Colonia, dirigida por los dominicanos, y los humanistas, dió la irrefutable prueba de que la superioridad en genio y saber estaba del lado de los últimos. De su seno salió tambien al mismo tiempo aquella obra maestra de sátira escrita en el latin bárbaro de los frailes, titulada «Cartas de hombres oscuros» (*Epistola virorum obscurorum*; 1516-17), y compuesta probablemente por Juan Krotus con la colaboracion de Pedro Eberbarch, Herman de Nuenar y Hutten. De todos los contemporáneos de este último, el que tuvo mayor afinidad con él fué el reforma-

Ulrich von Hutten.



ULRICO DE HUTTEN

contacto los resultados del renacimiento científico con la realidad de la vida. Sólo entónces la duda, que entrafia todo progreso, levantó más y más su voz y principió á ejercer una crítica atrevida demasiado justificada de lo existente en la Iglesia y el Estado. La cuestion de la reforma se habia puesto abiertamente á la órden del dia.

No podemos hablar del giro que tomaron las cosas sin hacer mencion del jefe de este humanismo jóven, y reformador en su más alto grado. Fué este el caballero y poeta Ulrico de Hutten nacido en 1488 en el castillo de Steckelburgo, en Franconia. Él dió forma y cuerpo á todos estos sentimientos y aspiraciones de sus contemporáneos y compañeros de edad, con su pensamiento y su elocuente palabra. Sus estudios y sus viajes le habian conducido á distintos puntos del país aleman y allende los Alpes, y en todas partes habia reconocido con inteligente mirada los males y defectos de la época y lo que hacia falta á su patria. Era hombre de demasiado genio para dar importancia á los vanos alardes y á las mezquinas diatribas teológicas, y para que el orgullo de los sabios y la envidia ó el favoritismo de los cortesanos pudiesen influir en él: de versificador humanista se hizo heraldo de la reforma eclesiástica y de la regeneracion política de Alemania; de orador latino, cronista aleman; de caballero noble, combatiente nacional. Genuino aleman, idealista en el más alto grado, no le sobrepujó ninguno de sus contemporáneos en el entusiasmo con que se sacrificaba por su patria; y con mucha

razon la soberbia frase: «Lo he osado» con que comienza la hermosa cancion de consuelo y esperanza que á sí mismo se dirigió en 1521, ha venido á ser una de las más favoritas de los alemanes. La influencia de Hutten en el movimiento de la época se demostró con eficacia por primera vez cuando los «hombres oscuros» (*virii obscuri*), con cuyo nombre colectivo designaban los partidarios del humanismo á sus adversarios, es decir, á los partidarios de la idea y del método escolástico-ortodoxos, acusaban de herejía á Reuchlin. La controversia literaria iniciada por esta causa entre los «teologistas», cuyo cuartel general era la universidad de Colonia, dirigida por los dominicanos, y los humanistas, dió la irrefutable prueba de que la superioridad en genio y saber estaba del lado de los últimos. De su seno salió tambien al mismo tiempo aquella obra maestra de sátira escrita en el latin bárbaro de los frailes, titulada «Cartas de hombres oscuros» (*Epistola virorum obscurorum*; 1516-17), y compuesta probablemente por Juan Krotus con la colaboracion de Pedro Eberbarch, Herman de Nuenar y Hutten. De todos los contemporáneos de este último, el que tuvo mayor afinidad con él fué el reforma-

dor suizo Ulrico Zwinglio, nacido en 1484 en el pueblo montaños de Wildhaus del condado de Toggenburgo, y hombre dotado de una de las inteligencias más libres y mejor organizadas de aquel tiempo. Más suave, prudente y moderado en sus miras y en su vida que Hutten, poseía un profundo conocimiento de los clásicos y fué por lo tanto mucho más humanista que cualquiera de los reformadores. Tuvo de comun con el caballero alemán, el haber sido también un hombre político. Las ciencias políticas á que desgraciadamente Lutero era ajeno por completo, fueron poderosos auxiliares en Zwinglio; y así como Hutten esperaba llegar por medio de la reforma eclesiástica á una regeneración del imperio alemán, Zwinglio, republicano de pura raza, quiso reunir con esta reforma la consolidación y el desarrollo de las repúblicas de su patria. Cúpole



ULRICO ZWINGLIO

también la sublime, pero trágica suerte de morir en el campo de batalla de Rappel (1521) como mártir de sus convicciones religioso-políticas. No hay sitio entre los dichosos de la tierra para hombres como Hutten y Zwinglio, para hombres fieles á sus principios, entusiastas, lógicos y desinteresados.

Junto á la oposición prudente y tímida de los humanistas antiguos y á la atrevida é impetuosa de los nuevos, avanzaba la religiosa que conservaba y desarrollaba las tradiciones de las sectas heréticas de la Edad media, de los waldenses, husitas, de los «hermanos de la vida comun», de los begardos, de los beguinos. Esta tendencia reformista tenía de comun con nuestros místicos de la Edad media la aversión contra la vida mundana del clero, contra el absolutismo de la curia papal y contra las manifestaciones idólatras de la doctrina eclesiástica. En este último concepto debía promover muy especialmente la desaprobación de todos los hombres pensadores y prudentes, el escandaloso tráfico á que dió lugar el culto de las reliquias. Sería ridículo si no fuera deplorable el tomar nota de las preciosidades que el emperador Carlos IV, protector principal del culto de las reliquias, reunió en la catedral de Praga á cambio de enormes sumas. Allí estaban los esqueletos de los tres patriarcas Abraham, Isaac y Jacob; las cabezas de los evangelistas Marcos y Lucas, del apóstol Bartolomé y del proto-mártir Estéban, una imagen de la Madre de Dios, pintada por el evangelista Lucas, y parte del velo ensangrentado que llevó la Virgen junto á la cruz; y además de esto los pañales del niño Jesus y un pedazo del pesebre en que le habían colocado, con el mantel que sirvió en la última cena y un pedazo de la mesa, la toalla de Cristo, un trozo del manto de púrpura con que

Herodes había expuesto á Jesus á las burlas del pueblo, la cuerda con que le ataron, dos espinas de su corona y varias gotas de su sangre, una parte de la esponja en que se le dió de beber en la cruz y un fragmento de la roca que se hendió á la muerte de Cristo; una mano de Lázaro y varios cabellos de María Magdalena; la palma que el evangelista Juan había llevado en el entierro de la Madre de Dios. Tesoros semejantes encontrábanse en otros numerosos sitios y ante estas rarezas arrodillábanse y oraban miles y millones de fieles.

Dados estos antecedentes, era muy natural el deseo de los hombres pensadores y piadosos de concluir con este paganismo y volver al cristianismo verdadero, tal como lo enseñaban los Evangelios. Esta reacción se inició en la segunda mitad del siglo xv en los Países Bajos, es decir, en un país del imperio alemán. Tomás van Kempis, autor según se dice del célebre librito *La imitación de Jesucristo*; Juan de Goch y Juan de Wessel habían levantado este grito que con bastante claridad oponía la autoridad de la Biblia como única fuente segura de la fe á la autoridad del papa, al menos en la conciencia de todos los que tenían ojos para ver y oídos para oír. En los países del Rin halló eco y se difundió el llamamiento; así, por ejemplo, Juan de Wessel intentó algo obteniendo mejores resultados que su contemporáneo Juan Geiler de Kaisersberg (murió en 1509), es decir, la reunión de las miras y opiniones reformistas-teológicas, utilizando su elocuencia popular. Geiler, predicador primero en Basilea y después en Estrasburgo, fué sin duda uno de los más grandes oradores que han subido al púlpito en Alemania. En ocasiones parece como un Abraham anticipado á Santa Clara, con la diferencia de que era más pensador que este capuchino-humorista del siglo xvii.

Nuestros antepasados tampoco prescindían en el púlpito de la broma y la chanza; gustábales la sátira y con tanto más placer oían la verdad cuanto más alegremente se la decían. Prueban esto aquellos «consejeros alegres» de las cortes, aquellos «bufones cortesanos», empleados en tiempo de la Reforma, que sabían adquirir á veces gran influencia sobre sus señores. Así vemos al consejero jovial del emperador Maximiliano I, Kunz (Conrado) von der Rosen, al cual su soberano, según refiere Sebastian Frank, «encontraba probo y siempre sabio en los negocios importantes, fiel y muy astuto bajo la capa de la locura, de modo que á este bufon se le consideraba como uno de los principales entre los consejeros secretos de Maximiliano». Pero también el pueblo tenía sus bufones, rimadores ambulantes, cuyas sátiras se dirigían desde el siglo xiii, preferentemente, contra la impudicia de los eclesiásticos según lo demuestra el librito del «Pfaff Amis». A fines del siglo xv se reunían también por escrito las chanzas favoritas de tendencia opositora que circulaban con el nombre del *Till Eulenspiegel*, en el libro popular del mismo nombre, y algunos años más tarde se reprodujo muy característicamente la antiquísima epopeya alemana del lobo Isegrim y del zorro Reinhart en forma rimada y en dialecto bajo alemán (*Reineke Vos*): dejando aparte el primitivo sentido y tono sencillo que se substituyó con una tendencia satírica-antijerárquica. Sabios de más ó menos fama como Desiderio Erasmo y Enrique Bebel tomaban parte en estas burlas populares. Erasmo dirigió contra las primeras su aguda y satírica «Alabanza de la locura», y Bebel, catedrático de Tubinga, descargó contra las últimas la gruesa pieza de artillería de sus «Facetas», en cuya ocasión más de una bala pasaba por encima del clero atacando al mismo dogma.

Naturalmente los partidarios de lo existente no permanecían quietos cuando de este modo se atacaba, ridiculizaba y sentenciaba por todas partes el sistema eclesiástico y pedagógico á cuyo amparo vivían. No descuidaban su defensa y no eran muy escrupulosos en la elección de sus armas. Es verdad que los adversarios también ofrecían sus puntos flacos. La vida de muchos «poetas,» como los teólogos y eclesiásticos llamaban con desprecio á los humanistas, sobre



LUTERO EXPONE AL PÚBLICO SUS TESIS

todo á los de la generación posterior, no era muy edificante; y con frecuencia la conducta de los segundos era tan desarreglada que era muy fácil acusar á los que la observaban de todo género de excesos. La lucha literaria que cobraba siempre mayor importancia por medio de la tipografía, adquiría gran desarrollo y formas más variadas, verificándose de una y de otra parte bajo la bandera de San Grobiano (rústico), verdadero patron y protector de los literatos de aquella época. Es posible también que la disputa entre los teólogos y humanistas se hubiera ventilado dentro del círculo de los sabios y hubiese desaparecido por fin de la arena como tantas otras cuestiones literarias surgidas ántes y después, si las condiciones políticas del imperio alemán hubieran sido más satisfactorias y si los abusos eclesiásticos no hubieran violentado la paciencia alemana hasta el punto de que se procurara al efectuar sus contra ataques

dirigir los tiros al mismo pontificado. En el Vaticano donde reinaba un fastuoso Medici con el nombre de Leon X, se vivía opulentamente, mientras en Alemania circulaban los Breves de indulgencias. Pero se necesitaba más dinero á causa de la gigantesca construcción de la Basílica de San Pedro, la cual principiada por Bramante, continuada por Rafael, coronada por Miguel Angel con su maravillosa cúpula y acabada más tarde por Bernin, consumía cantidades inmensas. Por eso la venta de indulgencias debía hacerse en mayor escala en los países que habitaban los «bárbaros del Norte.» Quizás este tráfico hubiera pasado también esta vez sin obstáculos y proporcionado pingües beneficios, si el fraile dominicano Tetzl hubiera ejercido su misión ménos ruidosamente. Pero después de abierta en Sajonia su tienda ambulante, y pregonadas sus «indulgencias,» para conseguir el perdón de los pecados, despertóse la conciencia alemana en el doctor Martin Lutero, fraile agustino y profesor de teología en la universidad de Wittenberg, fundada hacia poco en el electorado de Sajonia. En 31 de octubre de 1517 clavó en el portal de la iglesia del castillo de Wittenberg 95 tesis dirigidas contra el escandaloso tráfico de indulgencias, ofreciéndose, según la costumbre de los sabios de entonces, á defender y sostener estas tesis por escrito ú oralmente contra cualquiera que las atacara.

El ruido de los martillazos al clavar aquel pedazo de papel dió la señal de la revolución religiosa.

